



Nueve años que nos van mostrando hacia donde caminar...

Por: Ramiro Pino

El ruido del despertador marcó el inicio de la madrugada del sábado. Con un inicio más silencioso y tranquilo que se deja saborear cuando la vorágine de la mañana común del día hábil descansa, invitó el momento a un rato de mate y Evangelio. Un rato de oración antes de ir para el Hogar. Estar con Jesús y escucharlo en su palabra. Que transforme hoy el corazón para poder amar como él ama, escuchar como él escucha y sentir como él siente.

Calentando el motor de la moto salí para el Hurtado. Sin prisa y con las calles más vacías que un día de semana se podía sentir el frescor del aire mañanero. No había bocinas ansiosas por llegar a las oficinas. Las empresas no marcaban los horarios de inicio de productividad. El tiempo se dejaba disfrutar en su transcurrir, sin el peso que produce la rendición de cuentas de lo logrado eficientemente al fin del día.

Doblando por Masantonio para Monteagudo ya estaban algunos de los pibes y pibas del Hogar. Las caras más contentas de lo normal. Nos íbamos a Luján, a casa de la Madrecita humilde que siempre nos espera, pero que hoy nos abría su casa para celebrar el cumpleaños de la Familia Grande del Hogar de Cristo. Un día de fiesta. De alegría, de encuentro. De escucha y de compartir.

Esperando a que llegaran las 9 y media para subir a los colectivos que nos llevarían aprovechamos para desayunar en comunidad. Compartiendo sobre cómo estaba cada uno, comiendo unas facturas que un panadero amigo había donado a Rubén. Compartir por compartir, estar por estar, sentir por sentir. El goce del vivir el momento presente sin tener que lograr nada, mostrar nada, justificar nada.

Terminamos el desayuno con una oración que "Pilu", seminarista del Centro Barrial de Río Gallegos nos regaló a todos. Bajo la bendición de la Madre salimos para su casa.

El viaje fue transcurriendo. Los kilómetros, los mates, los chistes, las anécdotas, las charlas. Las sonrisas, las hondas miradas de esos ojos que reflejan corazones que supieron ser alguna vez heridos, marchitados, sufrientes, vulnerados, excluidos, marginados y abandonados. Pero que ese día se encontraban alegres, contenidos, tenidos en cuenta, mirados, tratados, escuchados. Corazones que empezaron a sanar el día que cruzaron una puerta, la puerta del Hogar.

Sí, puerta del Hogar, del Centro Barrial de su barrio, de su villa, la puerta del Hurtado. Una puerta, un salir de un espacio para ingresar a otro. Un salir de una experiencia para vivenciar otra.

Salir del espacio de la calle, del consumo, de la ranchada y la Pasta Base, para estar un rato en el espacio de "Hogar". De casa de familia que con calidez espera a todos y todas los que quieran acercarse. Una familia que aloja, recibe, hospeda y asiste.



Una pregunta al subir las escaleras de ingreso: "¿Cómo te llamás?". Pregunta a la que la respuesta es mucho más que una mera palabra. Respuesta que al pronunciarla el sujeto experimenta la dignidad de Hijo amado del Padre que con Misericordia le devuelve su identidad. Ya no es un "paquero", un "adicto", un "vago", un "chorro", un "sujeto peligroso para la sociedad". Ni siquiera un "marginado", un "excluido", una "víctima del sistema". Es él. Ese que necesita ser mirado, escuchado, reconocido, dignificado; pero que también tiene mucho para dar, para aportar, para enriquecer al otro.

Una mirada y un abrazo detrás de esa pregunta. Mirada a los ojos, con un gesto hondo que expresa bienvenida, calidez, misericordia. Mirada a la que se devuelve una de agradecimiento, de sorpresa, de incomodidad por ser mirado de un modo en que nadie lo mira. Mirada de una persona con límites y dificultades que sirve a los demás con su trabajo en el Hogar, a otra persona con límites y dificultades que todavía no puede encontrarle la vuelta a la vida y se perdió en el oscuro túnel del consumo. Un abrazo cálido, cuerpo a cuerpo, contacto entre dos iguales. Contacto que expresa encuentro, bienvenida expectante. Expectante de volver a recibirlo muchos días más. Todos los necesarios hasta que pueda madurar una decisión, la de poder, acompañado, empezar a caminar su vida de otro modo.

Pregunta, mirada, abrazo. Ducha caliente, desayuno, almuerzo, merienda. Ropa limpia y nueva. Experiencia que se vive en el espacio al que se entró cuando se cruzó la puerta del Hogar. Puerta que siempre estará abierta para ese que lo anda necesitando.

Llegamos a Luján. Todos los que fuimos en algún momento habíamos cruzado esa puerta, para dejarnos interpelar, transformar, enriquecer con esa experiencia. La experiencia del Hurtado. De encontrarle la vuelta de tuerca a la vida. A esa vida que no le podíamos atinar, y a la que pudimos dejar de desperdiciar para vivir con el servicio y el compartir armando comunidad que aloje cada vez más a todos los que lo necesitamos.

Y en Luján nos encontramos con otros rostros, miradas en las que se podía reconocer la experiencia que nosotros también habíamos vivido. Eran todos aquellos que alguna vez cruzaron esa puerta. Puerta que hace años ya no es sólo la del Hurtado, sino la de todos los Centros Barriales que forman la Familia Grande. Esa Familia Grande Hogar de Cristo, que haciendo comunidad, recibiendo, compartiendo y acompañando cada vez va sembrando más una semilla que crece y transforma. Transforma la vida. La persona. La Iglesia. La sociedad.

Como en el Evangelio de Jesús contado por sus Apóstoles, lo más valioso aparece como lo más pequeño, lo más difícil de percibir. Lo que puede ver alguien que se deja transformar el corazón por el Maestro.

Así se pierden los Centros Barriales en la inmensidad de "la Gran Ciudad de Buenos Aires". Esta gran urbe citadina en la que los lujos, las grandes construcciones, la opulencia, la riqueza y una vida prometedora de progreso se vende como producto fresco y novedoso. Tierra donde venir a progresar, donde hay lugar para llegar lejos. Tierra donde se ve eso que se promete en torres altísimas de paredes vidriadas y letreros luminosos de tamaños gigantes, que llevan el nombre de tantas empresas que marcan el ritmo del mundo. Ese ritmo de una sociedad herida por el consumismo, al servicio del Dios Dinero, que marca un rumbo claro y establecido: hay que ser exitoso. Lejos ha llegado el que posee grandes propiedades, cuentas bancarias abultadas, autos lujosos. ¿Y el camino para eso? Trabajar mucho, competir, ser ambicioso, grandes pretensiones. Mirá tu propio progreso, no mires al de al lado. Llegar llegan pocos, tenés que saberlo y



preocuparte por vos. ¿Y si para eso tengo que "garcar" a alguien? A todos nos garcan, quédate tranquilo. Cuando llegues lejos podés remendar tu error si quieres. Error que al llegar se vuelve evidentemente muy difícil de recordar.

En esta Gran Ciudad, ¿qué son los Centros Barriales? Lugares chiquitos, austeros, en zonas alejadas, marginadas, poco transitadas. Zonas olvidadas. Olvido que se extiende no sólo al lugar geográfico, sino también a los que ahí viven. No en sus casas, ya que la gran mayoría no las tiene. Sino en sus ranchadas, en sus calles, en sus vías, en los aleros de las construcciones viejas que hoy son fábricas o depósitos. Cerca de sus cloacas muchas veces tapadas, con agua estancada que despide colores y olores putrefactos que aromatizan y decoran el ambiente, para que el que allí vaya no pueda olvidarse del olvido.

Lugares chiquitos y austeros, que hacen recordar a aquél Pesebre que eligió el Salvador para nacer. Donde se está ahí porque no hay lugar en otros lados, así como tampoco lo hubo en aquellos albergues tantos años atrás. Lugares en los que aparentemente los que están son los que sobran. Los que no tuvieron oportunidades. A los que se les negó el derecho a una familia, a una casa, a un hogar, a una escuela, a una salita o un hospital. Se les dijo que no a la oferta de todo eso tan necesario en un sistema capitalista voraz que oprime y expulsa al que necesita una mano en algún momento. Por "improductivo", por "vago", por "incapaz", por "negro", por "villero". Dejándole entonces signado un camino: el de la calle, la droga, la delincuencia, la prostitución. Todo esto que muchas veces se desconoce pero que se soslaya en el nombre de una sustancia: el Paco.

Y en esta sociedad, ¿qué pasó con la Iglesia? ¿Qué pasó con la vocación cristiana de servicio al hermano de Dios necesitado? Y sería necio negarlo pero sí, la Iglesia en muchos lugares se ha cerrado. Nos hemos cerrado a mirar con los ojos de Jesús. Nos hemos cegado ante la opulencia, el consumismo, el éxito. Nos hemos puesto pretensiosos. El cura y el laico tienen que aprovechar el tiempo para trabajar mucho, incluso aunque sea en causas nobles. Tanto que muchas veces no tenemos tiempo para escuchar a alguien que viene y anda necesitando una oreja. Para mirar al que nadie mira. Para preguntarle el nombre al que nadie se lo pregunta. Para darle un abrazo al que lo necesita. Para recibirlo y alojarlo un rato. ¿Habrán causas más nobles que éstas? De seguro que no. Y, como Iglesia, ¿por qué a veces nos cerramos y las dejamos de lado? Será que como Iglesia nos hemos mareado un poco en un mundo tan perdido. Queremos lograr grandes proyectos (¡y muchos incluso solidarios!), ser eficientes, eficaces, pragmáticos. Palabras que muestran a veces cómo andamos. Como si lo importante fuese transformar una Capilla en Parroquia y una Parroquia en Basílica, y así atestiguar ante todos lo bien que trabajamos, lo que logramos, a lo que aspiramos...

Cuando en realidad el camino es el inverso. Es el del Evangelio. Y es el del Hogar de Cristo. El de esta Familia Grande a la que es tan lindo pertenecer. El camino de transformar simbólicamente la Iglesia en la Capilla. En ese estar cerca del otro, del que necesita. Lugar cercano, no sólo geográficamente sino también humanamente. Lugar que empatiza, que se ocupa de la necesidad del de al lado. Lugar en el que lo que se busca es formar comunidad. Hacer comunidad. Vivir en comunión, encontrados. Sostenernos, acompañarnos, recibiendo, incluyendo, ayudando. Mirando, humanizando, abrazando, cuidando. En el que todos tenemos nuestra vida y la vamos peleando como podemos, pero siempre sabiendo que el de al lado nos va a cuidar, y que cuando él necesite yo lo voy a cuidar a él.



¿Y el tiempo? No está para lograr cosas, para ser eficientes, eficaces, pragmáticos. Está para compartir, la vida y la fe. Las necesidades, las angustias, las alegrías. Para trabajar, estudiar o hacer lo que nos toque y disfrutarlo. Tiempo que ni se invierte ni se gasta, se experimenta, se siente, se vive y se comparte.

Y, quizás siendo comunidad vamos a poder cuidarnos entre todos. Vamos a poder entender que nadie está de sobra. Que para todos hay lugar. Es cuestión de querernos, acompañarnos, soportarnos y cuidarnos. Para que a nadie le falte nada y que no haya alguno que tenga todo. Ese deseo de los Apóstoles que hace 2000 años acompañaban las primeras comunidades cristianas, que buscaban aprender cómo seguir a Jesús. Ese deseo antes de que construyamos grandes templos que aparentan más bien ser palacios. Ese deseo antes de que armemos un magisterio, una moral, una ciencia; que no son malos en sí pero a veces nos marean. Ese deseo de ser comunidad. Deseo que seguramente no nació de ellos, sino de un Maestro que viviendo cerquita suyo algunos años se los transmitió. Deseo humano y a la vez divino, deseo de Jesús.

En comunidad compartimos la Misa y el saludo a la Madrecita. Ella nos bendijo y nos regaló un lindo día de compartir entre todos los Centros Barriales que llegamos ese día a su casa. Ella que nos anima a seguir creciendo y caminando, pero de forma humilde y sencilla, así como es Ella. Una Madre que nos transmite lo que Jesús le dijo un día: ahí están mis hijos, ustedes son mis hijos. Cuídense y acompañense, que Yo los cuido y los acompaño.

Charlas, guitarra, hamburguesas, jugo y mates. Fútbol, cartas. Sonrisas, alegría y compartir. En comunidad nos subimos de nuevo al micro y nos fuimos al Hogar. Cruzamos la puerta para dejar las cosas que habíamos llevado. Quizás cansados y sin darnos cuenta. Pero esa puerta un día nos cambió. En esa puerta nos habla Jesús. Esa puerta que invita a una transformación paulatina y austera. Nos va transformando el corazón. Y esta conversión nos invita a transformar la Iglesia.

Sigamos pidiéndole a Jesús estar con Él y escucharlo. Que nos transforme hoy el corazón para poder amar como él ama, escuchar como él escucha y sentir como él siente. Mañana es Domingo, no hay que madrugar. El despertador se desactiva y en un rato el corazón, ardiendo de felicidad, se va a descansar.